

Setiembre: Mes de la Biblia

Preliminares:

El mes internacional de la Biblia se celebra en setiembre por parte de todas las Iglesia cristianas: católica, ortodoxa y evangélica, precisamente porque en él se conmemora al más grande biblista de todos los tiempos, San Jerónimo, el día 30. El domingo anterior, es el Día Bíblico Nacional, según resolución de la CEA, de marzo de 1961. Se realizan actos conjuntos o denominacionales. En los fieles católicos hay indulgencias por su lectura.

El Catecismo de la Iglesia Católica nº 103 y 141, haciéndose eco de la Dei Verbum nº 21, señala que la Iglesia siempre ha venerado las Sagradas Escrituras como venera también el Cuerpo sacramental de Jesús Resucitado.

Y así como con la custodia se bendice con el Santísimo Sacramento expuesto, el Obispo, después de proclamado el Evangelio, puede bendecir a los fieles con el libro que los contiene, es decir, el Evangelionario, en un gesto análogo a la bendición eucarística, que corrobora lo dicho en el párrafo anterior (IGMR, CEA, 2005, nº 175).

Además, así como las procesiones comenzaron con el Cuerpo Resucitado del Señor (Eucaristía), también el corazón de las Sagradas Escrituras (Los Evangelios, Cat. 125.127.139), contenido en el Evangelionario, es llevado en Procesión, principalmente en las celebraciones litúrgicas, al comienzo de la Misa, por el lector o el diácono, levemente levantado hasta ser depositado en el Altar hasta el momento de su proclamación, en que nuevamente es llevado en procesión desde el Altar hasta el Ambón, y luego desde allí hasta la Sede del Obispo para que imparta la bendición. Finalmente es llevado levemente elevado como al principio en la procesión de salida; estos actos no pueden ser suplidos por el Leccionario (IGMR nº 120 d.172.173.175.186).

Algunas cosas sobre la Biblia.

Autor y autores.

Si bien Dios es el autor de las Sagradas Escrituras (Cat 105), los autores humanos inspirados por Él son también verdaderos autores (Cat. 106) porque emplearon todas sus facultades y talentos en la escritura de los libros.

Estos libros enseñan la verdad: Quién es Dios y su plan de salvar (Cat 107.51. Comp. 6.18), y no hay por qué tomarlos como libros científicos (en el sentido de la ciencia empírica), ni históricos ni geográficos, en tanto y en cuanto no encierren en ese ropaje literario la verdad salvífica sobre Dios y su Voluntad que Él pretende comunicar.

De todas maneras, la fe cristiana no es una religión “del Libro”, sino de una Persona Viva, Jesús Resucitado, a quien se sigue (Cat. 108.134).

Interpretación.

Para interpretar el sentido de los libros inspirados hay que descubrir la intención de los autores, por lo cual es preciso conocer las condiciones del tiempo y la cultura en que escribió cada uno. Esto se logra conociendo los “géneros literarios”. Pues la verdad se expresa de modo diverso en los libros históricos, proféticos, sapienciales, apocalípticos o en las cartas, para citar algunos (Cat. 110).

Además, se debe considerar la unidad de todos los libros bíblicos, cómo se han interpretado en el seno de la comunidad cristiana a través de los siglos, y la cohesión que guardan entre sí las verdades manifestadas en los distintos libros sagrados (Cat. 112-114.137. Comp. 19).

No olvidemos que Sagrada Escritura, Tradición y Magisterio contribuyen, cada uno a su modo, a la salvación integral de los hombres (Cat. 95.100. Comp. 17).

Los sentidos de la Biblia. (Cat. 115-118)

La tradición espiritual de la Iglesia ha visto siempre en las Sagradas Escrituras 4 sentidos:
El literal, que enseña los hechos.

El espiritual alegórico, que se refiere a cómo como toda la Biblia se refiere a Jesús, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento (Lc. 24,27.44), o a la Iglesia de Jesús, su Esposa.

El sentido espiritual moral, que se refiere a cómo los textos de las Divinas Letras se aplican en forma personal a cada uno de nosotros para nuestra instrucción y buen obrar.

Y finalmente el sentido espiritual anagógico o escatológico (anagóge o eschatón, del gr., el tiempo final), que indica cómo todas las realidades bíblicas se aplican también al final de nuestra historia, tanto personal como comunitaria.

Por lo que la letra te enseña los hechos, la alegoría en Quién has de creer (Jesús), el sentido moral lo que has de hacer y el escatológico hacia dónde debes tender (dístico medieval)

El nombre. Fechas y lugares bíblicos.

La Palabra Biblia viene del griego, Biblos, ciudad donde se hacían los papiros en Grecia para la escritura. Significa “los libros”, y es una pequeña biblioteca, compuesta, para el cristiano católico, por 46 libros del Antiguo Testamento, y 27 libros del Nuevo. Algunas ediciones traen 47 libros en el AT, porque separan el capítulo 6 de Baruc, secretario del profeta Jeremías, y lo colocan como “carta de Jeremías” (Cat. 120).

Los libros bíblicos comenzaron a escribirse alrededor del siglo X a.C., en la corte del Rey Salomón, donde había lugar para el ocio (el “otium” griego), la lectura y la escritura. En la corte del hijo del Rey David comienza, por lo tanto, también la actividad literaria.

Los lugares principales de los hechos bíblicos, son principalmente la Antigua Mesopotamia, hoy compuesta por Siria, Irak e Irán, la actual Israel, la Península Arábiga y Egipto, para los hechos del Antiguo Testamento.

Para los hechos del Nuevo Testamento, se agregan los territorios conquistados por el griego Alejandro Magno, y en tiempos de Jesús ocupados por el Imperio Romano, que abarcan prácticamente la actual Europa, el norte de África y las Islas Británicas.

En el imperio, por lo tanto, se hablaba la lengua griega, impuesta por Alejandro, que en 10 años, entre el 333 y el 323 a.C., realizó sus conquistas, comenzando cuando sólo tenía 23 años. Existía el griego “culto” y el griego “popular”. Éste último se utilizaba cotidianamente en el imperio, y su nombre era “koiné”. Es el lenguaje de la Biblia griega.

Cánones de la Biblia (o lista de libros inspirados. (Cat. 120. Comp. 20).

Los judíos tenían dos cánones o conjunto de libros del AT:

Un canon corto, el de Palestina, escrito en hebreo, con 39 libros.

Y un canon largo, el de Alejandría, escrito en griego (koiné), con 46 libros. Éste era utilizado por los judíos que vivían diseminados por el Imperio, fuera de Israel, y que ya no hablaban el hebreo.

Los siete libros que se agregan al “canon corto” se llaman “deuterocanónicos” (nuevos en el canon), y son: Judit, Tobías, I y II Macabeos, Sabiduría, Eclesiástico, Baruc. Y algunos trozos de Daniel y Esther. La versión griega se llama también de los “Setenta”, porque se le atribuye a 70 sabios que la tradujeron al griego alrededor del siglo II a.C.. Los cristianos utilizaron enseguida esta traducción, ya que, extendidos por todo el imperio, hablaban la koiné. Y el NT cita esta versión griega.

Para diferenciarse de los cristianos, los judíos, recién en el siglo II dC, adoptaron el canon corto de 39 libros.

Los hermanos evangélicos, inspirados por Martín Lutero, también se remitieron, desde el s. XVI, al canon corto de Palestina, agregando a él los 27 libros del NT, por lo que su versión de la Biblia es de 66 libros, traducida por los grandes biblistas Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera, versión que, con leves modificaciones, conservan hasta el día de hoy. Se caracteriza porque no tiene introducciones ni notas, pero sí abundantes concordancias bíblicas.

En ausencia de Biblia católica, éstos fieles pueden, con toda tranquilidad, usar esta versión, ya que no traiciona los textos originales. Lo único es que no van a contar con los 7 libros Deuterocanónicos.

En el siglo IV, en el Imperio ya no se hablaba más el griego clásico ni el popular. La lengua era el latín. Latín culto en las cortes, latín popular en el pueblo. La Iglesia adopta el latín popular como su lengua, hasta el día de hoy. El Papa Dámaso, por lo tanto, en el s. IV, pide a San Jerónimo, el más grande lingüista y hebraísta de su tiempo, y el más grande biblista de todos los tiempos, que traduzca la Biblia al Latín. Compone entonces el tercer canon, llamado la “Vulgata”, por traducir los libros del hebreo original al latín vulgar (el que hablaba el vulgo de su tiempo).

La Iglesia continúa manteniendo el latín vulgar y su pronunciación (distinta de la del latín culto) en la edición típica de sus documentos y en el Canto Gregoriano, sencillo y simple, que vino a reemplazar las pomposas Misas de los clásicos (Mozart, Bach, Beethoven), que colocaban la atención de la gente en su magnificencia más que en el misterio que se celebraba.

¿Cómo se reconoce una Biblia católica?

Las Biblias católicas son fácilmente reconocibles por sus notas e introducciones. Además poseen el nombre del censor eclesiástico que revisó la traducción, y el permiso para Imprimir del Obispo que autoriza su publicación.

La más adecuada actualmente a la idiosincrasia y comprensión argentina, es “El Libro del Pueblo de Dios. La Biblia”, traducida por los biblistas platenses Levoratti y Trusso, y revisada por el exégeta porteño Luis H. Rivas, profesor actual de Biblia en la UCA.

Es la usada en los nuevos leccionarios litúrgicos para la Misa.

Ediciones ecuménicas.

Siguiendo el pedido del Concilio Vaticano II en el documento “Dei Verbum” (sobre la “Palabra de Dios”), hay ediciones ecuménicas de la Biblia, realizadas por exégetas católicos y evangélicos. La edición más común es “La Biblia de Estudio. Dios habla hoy”, editada por las Sociedades Bíblica Unidas, y que es vista con agrado por el Consejo Mundial de Iglesias Evangélicas y por la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM), tal como figura en respectivas declaraciones en sus primeras páginas.

La versión conjunta del Nuevo Testamento se llama “Dios llega al hombre”.

La Biblia de estudio tiene abundantes notas, introducciones, mapas, cuadros, textos paralelos y concordancias. Viene con o sin los libros deuterocanónicos, tanto para cristianos católicos como evangélicos.

Complementos de ayuda bíblica.

Hay libros con los textos del día y pequeños o grandes comentarios exegéticos y/o espirituales. Los más conocidos en Argentina hoy son los de los p. Luis H. Rivas y José L. Gergolet (“Dios habla a su Pueblo” y “Una Buena Noticia, una gran alegría”, respectivamente), para los días domingos, fiestas y solemnidades. También hay comentarios feriales, para todos los días del año.

Recordemos que la Iglesia católica, igual que la evangélica metodista, divide la lectura bíblica en los Ciclos Dominical y Ferial o diario.

A su vez. El ciclo dominical se divide en 3: Años A, B y C. En tres años, los domingos, se leen las partes más significativas de la Biblia.

El leccionario feria o cotidiano, va de lunes a sábado, y se divide en par e impar: En dos años, se leen, en los días de semana, las partes más significativas de la Biblia.

En las librerías católicas y cristianas, hay mapas y Atlas geográficos e históricos que son de gran ayuda para el estudio bíblico.

También existen Sinopsis de los tres primeros evangelios, ya que pueden leerse en columnas paralelas los textos que concuerdan entre sí por poseer fuentes comunes (sin-opsis: del latín, ver de un vistazo, de un solo golpe de vista).

Libros apócrifos.

Son libros del tiempo y estilo bíblicos, pero que no entraron en el canon, en la lista de libros inspirados.

Son importantes por su valor histórico y literario, y algunos hechos de la tradición cristiana se refieren a ellos.

Los más significativos del NT son los Evangelios a los Ebionitas, el de los Egipcios, el de los Hebreos, el de Tomás, el de Pedro, el Protoevangelio de Santiago y los Hechos de Pilato. Como Apocalipsis apócrifos, tenemos los de Adán y Eva, el de Enoc, el de Moisés, el de Esdras.

Nombres de los libros bíblicos:

Como vemos, tanto en los libros apócrifos como en los inspirados, se utilizaba la PSEUDONIMIA: Colocar un seudónimo, un nombre de alguien conocido e importante al libro, para darle mayor fuerza y trascendencia. Era un procedimiento muy utilizado en esos tiempos, y no denotaba falta de honestidad intelectual, como sería en la actualidad.

Concordancias, textos paralelos, notas, introducciones.

Las concordancias son textos que se relacionan entre sí por tener fuentes comunes o características similares. Un texto más claro aclara otro más oscuro que se relaciona de alguna manera con él, y que puede estar en el mismo o en otro texto bíblico, ya sea del Antiguo o del Nuevo Testamento.

Los textos paralelos son idénticos por poseer la misma fuente y transmitirlos de la misma manera. Las notas a pie de página aclaran los textos, pero no son inspiradas como el texto bíblico.

Tampoco son “inspirados” los títulos y subtítulos, ni las introducciones, concordancias y textos paralelos. Todo esto ha sido colocado por los exégetas (especialistas de la Biblia) que han traducido la edición, para facilitar su estudio y comprensión.

Lo mismo se puede decir de los capítulos y versículos, que fueron colocados recién en el siglo XVI, para facilitar la búsqueda y estudio de los textos, ya que habían sido escritos de corrido, sin títulos, subtítulos, capítulos ni versículos. Sólo el nombre bajo el cual figuraba el libro.

Tampoco, estas notas, son del “Magisterio de la Iglesia”, aunque deben estar de acuerdo con él para ser aprobadas.

Divisiones: Antiguo y Nuevo Testamento.

La Biblia se divide en dos grandes bloques:

El Antiguo y el Nuevo Testamento (Cat. 138. Comp. 20)).

Éstos, a su vez, en 4 partes cada uno: El AT contiene el Pentateuco, los libros históricos, los proféticos (4 mayores y 12 menores) y los sapienciales. El NT contiene los Evangelios, los Hechos, las Cartas y el Apocalipsis.

El Antiguo Testamento conserva todo su valor, y no se puede prescindir de él. Prepara el conocimiento de Jesucristo, y tiene enseñanzas sublimes sobre Dios, una sabiduría salvadora e innumerables tesoros de oración. Es verdadera Palabra de Dios. (Cat. 121-123. Comp. 21).

El Nuevo Testamento tiene como objeto central a Jesús de Nazareth, que murió y resucitó. Los Evangelios son el corazón de toda la Sagrada Escritura, y ocupan en la Iglesia un lugar único, solo similar al de la Eucaristía (Cat. 124.125-127.1139.103.141. Comp. 22).

Unidad de los dos Testamentos.

La unidad del Plan de Dios en los dos Testamentos se da por medio de la tipología (Cat. 128). El Antiguo Testamento es “typos” (figura, en griego) del Nuevo.

El Antiguo Testamento es leído a la luz de Jesús Resucitado. Y el Nuevo también a la luz del Resucitado y del Antiguo Testamento, su preparación y raíz.

Jesús está escondido, latente, en el Antiguo Testamento. Y manifiesto, patente, en el Nuevo (Cat. 129.140. Comp. 23).

Conclusión: La Biblia en la vida de los cristianos.

La Biblia es alimento de la vida espiritual, y todos los cristianos deben tener un fácil acceso a la Sagrada Escritura (Cat. 131).

Es el alma de la teología, la predicación y la catequesis (Cat. 132)

La Iglesia recomienda la lectura “asidua” (frecuente, cotidiana) de la Sagrada Escritura. Desconocerla, es desconocer a Jesús. En cambio, quienes la disfrutan, adquieren la mente de Cristo (Cat. 133. Comp. 24)

Esperemos que el Espíritu Santo haga que algunos de estos elementos nos toquen la mente y el corazón, y nos ayuden a acercarnos al libro más leído en la historia de la humanidad, en el cual el Padre Celestial sale a dialogar con sus hijos (Cat. 103), y del que se conservan los manuscritos más cercanos al original.

Y a través de él conocer, amar y seguir a Jesús, que es lo propio del cristiano.

Notas:

Cat. = Catecismo de la Iglesia Católica, CEA, Oficina del Libro, 2005.

Comp. = Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica, CEA, Oficina del Libro, 2005.

DV = Dei Verbum, Concilio Vaticano II sobre la Palabra de Dios.

IGMR = Instrucción General del Misal Romano, CEA, Oficina del Libro, 2005.

CEA = Conferencia Episcopal Argentina.

También puede consultarse el documento “La interpretación de la Biblia en la Iglesia”, de la Pontificia Comisión Bíblica, 2003.

Gustavo Daniel D’Apice – Profesor de Teología
Pontificia Universidad Católica
www.es.catholic.net/gustavodaniel
gusdada@uolsinectis.com.ar - 0264-505-3326 (msj)